

2596

La

Corte no es para ti.



La Corte no es para tí.



Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

LA CÔRTE
NO ES PARA TÍ,

COMEDIA

ORIGINAL EN UN ACTO Y EN VERSO,

DE

D. Ricardo Caballero y Martinez.



CARTAGENA:

Imp. y lit. de Montells, Mayor-20 y Honda-31.

1865.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley, al que la represente ó reimprima sin su permiso.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática, son los esclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

A mis amigos.

Yo quisiera al dedicaros esta pequeña produccion de mi escaso ingenio, que miráseis no á su mérito, que bien poco tiene, sino á la buena voluntad con que os la dedico: he dado los primeros pasos en una senda escabrosísima donde es mas fácil dar mil tropezones que un paso acertado: necesito, pues, de mucha indulgencia; y ¿dónde pudiera ir á buscarla mejor que en medio de mis buenos amigos? Ved aquí lo que le anima mas que todo á ruestro afectísimo

RICARDO.

PERSONAS.

D.^a Obdulia.
Adelaida.
Carolina.
D. Eugenio.
D. Tiburcio.
Luis.
Simplicio.
D. Silvestre.
D. Benigno.
Francisco.

La accion, en Madrid y en casa de don
Tiburcio, año de 1865.

Acto único.

Sala amueblada con decencia. Puerta en el fondo que conduce al interior de la casa, y dos laterales; la de la izquierda dá paso á la habitacion de D. Tiburcio; la de la derecha se supone ser la de la escalera. A la izquierda, en primer término, una mesa con recado de escribir y varios periódicos; sofá á la derecha, tambien en primer término. A ambos lados de la puerta del fondo, cómodas con espejos, floreros etc., en cada una de ellas un candelabro con luces. Balcon á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

FRANCISCO,
en la puerta de la derecha, haciendo como se despide de una persona.

Vaya usted cun Dios, señor.
No hay comu ser mayurazgu!
De seguru que en Madrid
no hay mozu mas campechanu
y liberal; comu es jóven,
y tiene ese talentazu,
se divierte, y tiene amigus...
¡y se gasta buenus quartus

cun ellus! A mi me quiere
comu si fuera su hermanu.
Ayer, me diju: «Franciseu,
¿por qué estas tan cabizbaju?
tú no me limpias la ropa
comu antes, tú tienes algu:
cuandu salgas, pásate
á ver al veterinariu,
que estas muy descoluridu
hace tres dias ú cuatru.»
(mirándose al espejo)
Y es verdál desde que ví
á Maruja, estoy mas flacu!
(se dirige al balcon)
¡Ay, Maruja de mi vida!
si tú supieras que tragus
me haces pasar! yu te quiero,
y te adoru y te idolatru,
aunque tú á cada requiebru
me dices que soy un zánganu,
y al zapateru de enfrente
le haces carantoñas! vámus....
el dia que yu me enfade
lu partú d'un estacazu.

ESCENA II.

DICHO Y D. EUGENIO,
por la derecha.

- D. EUG. El Sr. D. Luis Martinez
habita aquí?
- FRANC. ¡Si es mi amu!
(Quién será este caballeru?)
- D. EUG. Pues vé y pásale recado.
- FRANC. Ahora nu puede ser;
ha salidu.

- D. EUG. Bien: le aguardo.
Acostumbra á tardar mucho?
- FRANC. Segun y comu.
- D. EUG. Enterado.
Há dos años que su pueblo
dejó, viniendo insensato
á Madrid á divertirse,
y á derrochar lo que tanto
costó reunir á su padre
que tenga Dios en descanso.
Y mientras su anciana madre
hecha siempre un mar de llanto,
casi olvidada del hijo
que ni le escribe ni... vamos
no tiene perdon de Dios;
es un tuno, un bribonazo.
Procuremos indagar...
(este tal vez...) A tu amo
hace mucho que lo sirves?
- FRANC. Ya vá para mediu año.
- D. EUG. Y qué tal te vá con él?
- FRANC. Nu me vá mal; á su ladu
tuda la vida estuviera.
- D. EUG. Y en qué se ocupa? sepamos...
- FRANC. Se ocupa en... y que se yo
en lo que se ocupa?
- D. EUG. Vamos,
quiero decir, qué es lo que hace
todos los días.
- FRANC. ¡Canastus!
Yo nu lu sé. Come y bebe,
y va al café, y al treatu,
y se pasea, y algunas
noches tenemus sarau
donde se baila, y se juega,
solu por pasar el ratu,

que es lu que dicen las gentes
que vienen á casa.

D. EUG. (Es claro:
y le armarán cada trampa
que yá... ¡como hay tanto, tanto
lobo, no me cabe duda:
él siempre será el pagano.)
Y, ¿tiene algun trapicheo?...
dí la verdad.

FRANC. ¡Pues es clarul
comu que es jóven, y luego...
ya vé usted, ¿para que estamos?

D. EUG. Y con quién?

FRANC. (Qué pregunton!)

D. EUG. Toma y dime.

(dándole un napoleon)

FRANC. Será falsu?

(examinándolo.)

D. EUG. Respondemé.

FRANC. Con su novia.

D. EUG. Y quién es su novia?

FRANC. ¡Diablu!

una hembra.

D. EUG. Lo supongo:
bien sé que no será macho.

FRANC. Comu usted... me lu pregunta...

D. EUG. [A qué le rompo los cascos?
Ya no hay paciencia que baste:]
esa muger, pronto y claro,
quién es, y como se llama,
y en donde habita?

FRANC. ¡Canariu!

si es hija de D. Benignu!

D. EUG. [Pues ya te vas explicando?

¿Quién es D. Benigno?

FRANC. Un hombre

como usted y como...

D. ERG. ¡Barbaro!

(dándole un puntapié.)

¡Al fin, gallego!

FRANC.

Oiga usted:

Gallejo soy, pero honrado.

desde la punta del pelo

à la suela del zapato;

y aunque probe, sepa usted

que he sido catorce años

agnador, y que he nacido

muy cerca de Santiaju,

y que no sufrí que nadie

me insulte y me dé mal trato.

ESCENA III.

DICHOS Y D. TIBURCIO.

D. TIB. Eh! señores: haya paz.
Por Dios, qué gritos son estos?
desde la calle se oyen.

FRANC. Nu es nada: este caballero
que se propasa conmigo
porque estamos solos.

D. TIB. Pero
le habras dado algun motivo...

FRANC. Quién! yo señor? cá, ni estu.

D. TIB. Entonces...

FRANC. Debe estar loco.

D. TIB. Que dices?

FRANC. Me dió dinero,
y despues fué y me arrimó
el puntapié mas suberbiu...

D. TIB. Y quién es?

FRANC. Yo nu lu sé.

- D. TIB. ¡Hombre, pues estamos frescos!
Y á qué ha venido?
- FRANC. Lu ignoru.
- D. TIB. Yo aclararé este misterio,
vete y dejame con él.
- FRANC. Hasta despues.
(vase mirando con recelo á D. Eugenio.)
- D. TIB. Hasta luego.

ESCENA IV.

DICHOS MENOS FRANCISCO.

- D. EUG. (Quién será este facha? Aquí
se dirige.)
- D. TIB. Caballero. . .
- D. EUG. Señor mio que se ofrece?
- D. TIB. Quizá peque de indiscreto:
mas como ámplias facultades
poseo por ser el dueño
de esta casa, le suplico
que me diga con quien tengo
el honor de hablar.
- D. EUG. Muy bien;
no hay inconveniente: Eugenio
Fernandez, para servirlo.
- D. TIB. Mil gracias.
- D. EUG. Y aquí me encuentro,
esperando á un huésped que
conozco desde hace tiempo.
- D. TIB. A D. Luis?
- D. EUG. Ciertamente.
- D. TIB. Es muchacho á quien aprecio,
porque paga puntual,
y bien; y si yo consiento
que de noche en esta casa

haya un ratito de juego,
y una vez en la semana
tès y canto y bailoteo,
es por qué D. Luis se porta
como cumple á un caballero,
(y porque yo hago negocio
pues gano un ciento por ciento.)

D. EUG. (Si será parienta de este
la novia de Luis? probemos,
Su gracia de V....)

D. TIB. ¿Mi gracia?
(receloso.)

D. EUG. Su nombre.

D. TIB. Ya, ya lo entiendo.

(Será de la policia?
pero no: no tiene aspecto...)
Toribio Toro Tostado,
sub-teniente de lanceros
retirado, con el uso
de uniforme; benemérito
de la patria, y liberal
muchisimo mas que Riego.

D. EUG. Y es casado el señor Toro?

D. TIB. No; permanezco soltero;
conservo mi independencia;
me juzgaba Vd. del gremio...

D. EUG. Si; (me engañó el apellido.)

D. TIB. Yo casado? ¡vade-retrol
La muger, es como ha dicho
un autor que no recuerdo,
*una especie de serpiente
de quien Buffon no hace mérito.*
Solo he tenido una novia,
y eso allá en mis buenos tiempos:
guapa muchacha, frescota,
de mi estatura, buen pelo,

rolliza, como que era
natural de Mondoñedo.
Ya íbamos á cumplir
el sétimo sacramento
de la santa madre iglesia...
pásmese usted que esto es serio.
Pásmese usted.

- D. EUG. Ya me pasmo
señor mio, mas no acierto....
- D. TIB. Cuando un dia, ... martes era:
amante, rendido y tierno
fui á verla, me encontré
que una desgracia...
- D. EUG. Habia muerto?
- D. TIB. No señor, no, se escapó:
huyó con un fiel de fechos,
y ésta es la bendita hora
que ignoro su paradero.
¡Ay si le habrá sido fiel,
al fiel á quien compadezco!
- D. EUG. Válgame Dios!
- D. TIB. Desde entonces
he jurado un odio eterno
á las mugeres; no hay una
que sea perfecta.
- D. EUG. (Que necio
y pesado es este tio!)
- D. TIB. Todas tienen su defecto.
¡Cuántas que parecen buenas
han demostrado lo inverso!
- D. EUG. Mas eso no obstante, hay muchas
que son muy dignas de aprecio,
y hacen la felicidad...
- D. TIB. A otro perro con el hueso;
que lo que es aqui no cueca.
Escuche V. D. Eugenio:

las mugeres en el dia
tienen dos mil devaneos,
y solo piensan en bailes,
en cintas y terciopelos.
Todas por lo regular
tienen un primo, un muñeco,
à quien el marido aguanta
por no pecar de grosero;
y el primo las acompaña
al teatro, á los pascos,
à todas partes, y mientras
el marido está hecho un negro
haciendo nana á la cria,
ó echando sal al puchero.
Triunfan, gastan y derrochan
sin compasion el dinero,
y si uno gana el marido
ellas gastan uno y medio.
Por eso estrañar no debe
Vd. que vuelva á mi cuento:
la muger es un artículo
caro, muy caro... y supérfluo.

D. Ego. (Dios te tenga de su mano:
perdónete el bello sexo!)
Las mugeres serán todo
lo que usted quiera, lo cierto
es, que por ellas vivimos
y en fuego de amor ardemos:
mañana cuando la muerte
sorprenda á usted en el lecho,
sin que una esposa le llore,
ni un hijo le dé consuelo,
estoy seguro que entonces
las echará usted de menos.

D. Tib. Si, podrá ser, pero hoy
en lo dicho me sostengo.

Prefero á ellas mis periódicos;
la política es mi centro;
no cambio por diez mugeres
un número de *Los Tiempos*,
y eso que es ministerial,
contrario á mis pensamientos.
Ellos son mis sueños de oro:
vaya! con *La Iberia* almuerzo,
como con *La Democracia*,
con *Las Novedades* ceno,
y finalmente: con la
Correspondencia me duermo.

ESCENA V

DICHOS LUIS Y SIMPLICIO,
cojidos del brazo por la derecha.

- SIMP. Cuando digo que no hay
quien resista mis miradas...
LUIS Eres un D. Juan Tenorio.
SIMP. Seremos parientes.
LUIS ¡Vaya!
(viendo á D. Eugenio.)
¡Qué veo! ¡Eugenio!
D. EUG. ¡Luis!
(abrazándose.)
LUIS Tú en Madrid?
D. EUG. Si; que te estraña?
LUIS ¿Cuándo has llegado?
D. EUG. Esta tarde.
LUIS ¡Ay, cuánto me alegro...! y cuánta...
D. TIB. Con el permiso de ustedes,
(cojiendo un periódico de encima el velador.)
me entrego á *La Democracia*.
(siéntase á la derecha en una butaca.)

- SIMP. Nada, por mas que me fijo
(mirando con los lentes) —
yo na conozco esa cara.
- LUIS (A Eugenio) Pues chico, llegas á tiempo,
porque hoy tenemos en casa
reunion; te divertiras,
conocerás mi muchacha.
- D. EUG. Tu muchacha?
- LUIS Si; mi novia.
- D. EUG. Tú tienes novia?
- LUIS. ¿Te estraña?
- D. EUG. ¡Ay, Luis! veo que la corte
te es perjudicial.
- SIMP. ¡Caramba!
y con que tono lo dice...
ja, ja, ja, pues me hace gracia...
(vase hacia donde está D. Tiburcio.)
- D. EUG. ¿Qué dice ese monigote?
- D. TIB. Qué atroz! esto es una infamia!
(dejando de leer)
¡darle un destino brillante
al que muda de casaca!
- SIMP. D. Tiburcio.
- D. TIB. Qué se ofrece?
- SIMP. He hecho una conquista.
- D. TIB. Vaya,
pues que le aproveche á usted.
(vuelve á leer.)
- LUIS Y no me diras la causa
que á Madrid te trae?
- D. EUG. Saberla
no te dará gusto.
- D. TIB. (leyendo) Atacan
al ministerio...
- SIMP. (Interrumpiéndole) ¡Unos ojos!...
- D. TIB. ¡Dale!

- SIMP. ¿Y el pié; y la garganta?
- D. TIB. Hombre, si á mi no me importa.
- SIMP. No le hace.
- D. TIB. Si usted se cansa
en vano.
- LUIS Con que mi madre
está con cuidado?
- D. EUG. ¡Vaya!
y con razon; es preciso
que ya tus calaveradas
tengan fin. Hace dos años
dejaste á la pobre anciana
con pretexto de emprender
la carrera literaria.
¿En ese tiempo que has hecho?
¿has frecuentado las aulas?
No Luis; en vez de los libros
te dedicaste á las cartas,
y es necesario comprendas
que tu patrimonio gastas
sin provecho alguno; ¡el juego
es la perdicion de tantas
familias! quizá tú mismo
si de él Luis no te apartas,
sus fatales consecuencias
esperimentes mañana.
- LUIS ¿Has venido á predicarme?
si es eso, en balde te cansas;
yo, ya no soy ningun niño.
- D. EUG. Es verdad; mas te hacen falta
mis consejos; y tu madre
al ver lo mucho que gastas,
teme, y teme con razon
que te arruines.
- LUIS ¡Qué bobada!
- D. EUG. Si? pues mira lo que haces

porque dice no te manda
mas dinero.

Luis Eso será
lo que tase un sastre.

D. Eug. Calla
y no digas disparates.

Luis ¡Tambien es mucho! que aciaga
suerte es la mia! no puede
uno vivir à sus anchas.

D. Eug. ¿Qué es lo que mi madre quiere?
Que al momento de aqui salgas.

Luis Es imposible.

D. Eug. ¿Imposible?
¿y porqué?

Luis Las circunstancias...
los amigos...

D. Eug. ¡Los amigos!
¡Y à quién tus amigos llamas!
à seis ú ocho calaveras
que de seguro te arrastran
à la perdicion.

Luis Eugenio!
ten presente lo que hablas:
las personas que me brindan
con su amistad son honradas,
y yo consentir no puedo
que nadie les ponga tacha.

D. Eug. Bien, hombre: no te incomodes:
mas sabe que mis palabras
tan solamente trataron
de evitar una desgracia.
Ya lo sabes: ahora en ti
está ó nó el escucharlas;
y ten presente Luis
que el que tan claro te habla,
es el amigo sincero

- que tienes desde la infancia.
SIMP. Pues; y me dijo que sí. (á D. Tiburcio.)
D. TIB. (Maldita sea su estampa.)
D. Simplicio, por favor:
¿me quiere usted hacer la gracia
de dejarme leer en paz?
SIMP. (Este hombre no se cansa
de periódicos; vá á darle
una indigestion: caramba!)

ESCENA VI.

DICHOS Y D.^a OBDULIA, ADELA, CAROLINA,
D. SILVESTRE Y D. BENIGNO,
(por la derecha.)

- D.^a OBD. ¿Se puede pasar, Luisito?
LUIS Oh! señoras, adelante.
SIMP. (á D. Tiburcio) Aquíestá ya! que lindísima!
D. TIB. ¿Hombre, quiere usted dejarme?
LUIS Presento á ustedes mi amigo,
Eugenio Lara y Fernandez,
compañero de la infancia.
D. EUG. Servidor.
LUIS Que poco hace
llegó á Madrid. Doña Obdulia
Carramolino y Cascales,
y su esposo D. Benigno
Buitrago.
D. BENIG. Servidor.
LUIS Padres
de las sublimes bellezas
que ahora tenemos delante.
D.^a OBD. Eh! niñas, como se dice?
AD.^a Y C.^a Es favor que usted nos hace.
D. EUG. Es justicia señoritas.

- ADELA. ¿Y ahora que decimos, madre?
D.^a OBD. Dar las gracias.
AD.^a Y C.^a Muchas gracias.
D. EUG. (Ay que cursis.)
LUIS (á Eugenio) Son dos ángeles.
Mi particular amigo
D. Silvestre Colmenares. (salúdanse.)
SIMP. Como me mira! es muy bella. (á D. Tib.)
D. TIB. A qué son esos visages?
D. SIL. (á Carolina) Quisiera hablar con usted
dos palabras.
SIMP. (á D. Tiburcio) El cesante
le habla al oído.
D. TIB. ¿Qué dice
usted?
SIMP. Que ese hombre es un cafre.
Yo voy á hacerme visible.
D. TIB. Anda y que Dios te lo pague.
LUIS (á D.^a Obdulia) Estábamos esperando.
D.^a OBD. Se nos ha hecho un poco tarde,
porque cómo esta quería (por Adela)
ir á la calle del Càrmen
para encargar un vestido
igual al que llevó al baile
la coronela....
ADELA Color
de lila.
D.^a OBD. Sí, con volantes.
SIMP. (á Carolina) Carolina...
CAR. Simplicito...
(sigue hablando con D. Silvestre.)
SIMP. Está usted incomparable,
seductora, angelical,
divina, incommensurable.
(Nada, nada, no me oye:
ese cara de vinagre

- que le dirá?
- D. SIL. (á Carolina) Hay quien pena
por esos ojos, capaces
de trastornar el juicio
al hombre de mas carácter.
- CAR. Es de veras?
- D. SIL. Si, señora.
- CAR. Y quien es?
- D. SIL. No está distante
de usted.
- CAR. Ah! si; D. Simplicio.
- D. SIL. No señora, es otro.
- CAR. Acabe
y diga pronto quien és.
- D. SIL. Carolina, en este instante
no puede ser.
- ADELA (á Luis) Es verdad?
- LUIS No debe á usted estrañarle:
ya le he dicho muchas veces
que mis continuos afanes,
son llegar á poseer
esa mano, y que me hace
el mas feliz de los hombres,
el mejor de los mortales,
correspondiendo á este amor
que la profeso, tan grande.
Yo la idolatro, Adelaida,
y su candorosa imágen
en mis sueños se aparece,
la miro por todas partes,
con esos ojos de cielo
y esa sonrisa de ángel.
- ADELA Yo tambien á usted lo veo
en mis sueños, y me late
con tal fuerza el corazon
que temo que se me salte.

D.^a OBD. (á D. Eugenio.) No se quejaron mis niñas de que yo sea mala madre. Es verdad Benigno?

D. BEN. Sí.

D.^a OBD. Sus caprichos al instante satisfago; mi Benigno puede muy bien enterarte. Las tengo bien educadas, porque no quiero que nadie las critique, y no permito se enamoren de galanes de esos que pasan el tiempo solo por hablar; que es fácil muchas veces un descuido si encima no estan las madres. No es esto Benigno?

D. BEN. Si.

D.^a OBD. Adelita es muy amable, muy obediente: ha salido en esto, toda á su padre. Verdad Benigno?

D. BEN. Verdad.

D. EUG. [Este marido es un mártir.]

D.^a OBD. Quiere á Luis; yo consiento francamente que se hablen porque él es buen chico, rico, y luego piensa casarse con ella.

D. EUG. (No lo verán tus ojos, pues yo ese trance evitaré.)

SIM. (á Carolina) Carolina, no quiere usted escucharme?

CAR. Porque no?

SIM. Usted me ama?

CAR. ¡Que pregunta! ¿no lo sabe?

- D. TIB. (leyendo) Se levantó la sesión:
eran las tres de la tarde.
(Dejando el periódico y dirigiéndose á los demás)
La mesa estará ya puesta.
¿Tomamos el pisco-labis?
- D.^a OBD. Como ustedes quieran.
- LUIS Vamos.
Empiezan á salir por el foro. Adela del brazo de
Luis, D. Tiburcio con Simplicio y D. Benigno,
D.^a Obdulia invita con un ademán á que don
Eugenio la lleve del brazo. Carolina queda la
última; al ir á salir la llama D. Silvestre.
- D.^a OBD. (á D. Eugenio) D. Eugenio . . .
- D. EUG. Dios me ampare!
me cayó la lotería,
es preciso resignarse.)

ESCENA VII.

CAROLINA Y D. SILVESTRE.

- D. SIL. Puede usted oirme
solo dos palabras?
- CAR. Diga D. Silvestre,
pero pronto.
- D. SIL. Calma.
- CAR. Eso ser no puede,
mi madre me aguarda,
si me echa de menos
y solos nos halla,
de mi que digera!
que es lo que pensara?
- D. SIL. Pierda usted cuidado:
No tema usted nada.
(Ahora me declaro,
salga pez ó rana.)
Hace cinco meses

y cuatro semanas,
que estoy muy enfermo,
y usted es la causa.

CAR. Quién, yo? no comprendo...

D. SIL. Tenga usted mas calma.
Yo siento aqui dentro (por el corazon.)
un fuego que abrasa.

CAR. ¿Quiere usted que diga
le hagan una horchata?

D. SIL. No; que fuera inútil;
tan solo se apaga
con una amorosa
y tierna palabra.

CAR. Pues no le comprendo.

D. SIL. Tenga usted cachaza.
Me llamo Silvestre;
nací en Caravaca,
soy bien parecido...

CAR. (¡El mismo se alaba!)

D. SIL. He sido gran tiempo
vista de aduanas,
hasta que al ministro
le dió la humorada
de jugarme una
partida serrana,
dando á un sobrino
suyo mi plaza.
Pero no me apuro,
pues quizá mañana
si suben los mios
podré recobrarla.
Tengo algunos cuartos,
soy soltero y...vaya,
me dá usted su mano?
ya estoy á sus plantas. (lo hace)
Si accede à mi ruego

- si no es inhumana,
hará usted mi dicha:
pero si es ingrata;
si por el contrario
me dà calabazas,
huiré á los confines
de Mesopotamia,
CAR. ¿Se ha vuelto usted loco?
D. SIL. Muy poco me falta.
Dejame que imprima
en tu mano blanca
un ósculo tierno...
CAR. Quite usted...
D. SIL. Chist... calla.
CAR. Que siento ruido.
D. SIL. Dame tu palabra...

ESCENA VIII.

DICHOS, D. TIBURCIO Y SIMPLICIO.

- SIMP. ¡Que miro!
CAR. ¡Dios mio!
D. SIL. (Malhaya tu estampa.)
D. TIB. Já já! riéndose á carcajadas.
CAR. (De seguro
ya estoy colorada.)
D. TIB. Já, já.
CAR. (¡Que vergüenza!
D. TIB. Já, já, que ensalada.
(á Simplicio) Fiese en mujeres.
SIMP. (Me ahoga la rabia.)
(á Carolina) ¿Querrá usté explicarme...
CAR. (cortada) No... no ha sido nada:
este caballero
dirá lo que pasa.

SIMP. Pero...
CAR. Yo no puedo,
mi madre me aguarda. (vase.)
SIMP. Es que...
D. TIB. Héchele un galgo!
SIMP. (Por D. Silvestre) (Este me las paga.)

ESCENA IX.

DICHOS MENOS CAROLINA.

SIMP. (á D. Silvestre) Señor mio?...
D. SIL. Caballero!
SIMP. Escuche usted.
D. SIL. Ya le escucho.
SIMP. Sepa usted que he visto mucho;
estamos? y no tolero
cuando bramo de corage
y con los celos me' agovia,
que enamore usté á mi novia
D. Silvestre ó D. Salvaje.
D. SIL. Novia de usted Carolina?
SIMP. Si señor; ¿eso le estraña?
D. SIL. (colérico) Va usted á probar mi saña,
puesto que labra mi ruina.
SIMP. Pretende asustarme así?
D. SIL. Oigame usted botarate:
preciso es que yo lo mate,
ó que usted me mate á mi.
SIMP. Aunque se ponga usted fiero
y haga de valor alarde,
sepa que no soy cobarde.
Mi tarjeta. (saca una cartera y de ella una tarjeta)
D. SIL. (tomándola y arrojándola) No la quiero.
D. TIB. (Han perdido la chaveta
los dos; ¡pues no arman mal cisma!)

- D. SIL. Para romperle la crisma,
no necesito targeta.
Me voy; dentro de un minuto
nos veremos. (dándose las manos.)
- SIMP. Nos veremos.
- D. TIB. (Esto vá mal, evitemos...
(deteniéndolo) D. Silvestre usted es muy
- D. SIL. Pues me gusta la alusion! (bruto
usted sale en su defensa?
- D. TIB. No tome usted por ofensa
le dirija esa espresion.
- D. SIL. ¡Como!
- D. TIB. Y haga la merced
de oirme un rato con calma,
- D. SIL. ¿A que le rompo à usted el alma?
- D. TIB. A mí?
- D. SIL. Si señor; à usted.
- D. TIB. Hombre! no veo la razon.
- D. SIL. Pues yo bien claro la veo.
- D. TIB. Y cuál es?
- D. SIL. Que su deseo
es cortar esta cuestion.
- D. TIB. Es muy cierto, de eso trato,
que al fin es un lance impio
y tremendo el desafio.
- D. SIL. Usted se calla ó lo mato.
- D. TIB. Yo callarme? No señor:
el duelo se halla prohibido,
y parte de lo ocurrido
le daré al gobernador.
- D. SIL. Pobre de usted! Si barrunto
que habla usted una palabra,
su misma tumba se labra:
cuéntese usted por difunto.
- D. TIB. Hombre, viene usted muy bravo
echándola de fachenda,

y es preciso que comprenda
que yo no soy ningun pavo.

D. SIL. Qué es eso? Usted me provoca?
Mas le valiera callar!

D. TIB. No señor; que quiero hablar;
para eso tengo la boca.

D. SIL. Corriente; y pues en un potro
me ha puesto usted... importuno,
cuando acabe con el uno...

(D. Silvestre cálase el sombrero y sale precipitado;
D. Tiburcio desde la puerta dice los versos sig. tes)

D. TIB. Empieza usted con el otro.
Y pues quiere desafío,
lo habrá, si señor; y cuente
con que he sido subteniente
de lanceros, señor mio;
que aun conservo la pujanza
y el mismo valor que antes,
y para matar cesantes
esgrimo bien una lanza.
Ya verá usted si la entistro
y en él cebo mi furor,
le infundiré mas terror
que el que le inspira el ministro.

ESCENA X.

DICHOS MENOS D. SILVESTRE.

D. TIB. Vayal el demonio del hombre!
¿si creará que le tememos?
Hagame usted el favor
de dejarlo patitieso: (á D. Simplicio.)
asi, me evita uste á mi
que haga un encarnizamiento.
Voy á contarle á Luis
este lance.

SIMP. Y yo al momento

à decirle á Carolina
que es una pérfida. ¡Necio
del que en mugeres se fia!

D. TIB. Cuénteselo á D. Eugenio:
él, que tanto las defiende...
si lo he dicho, y lo sostengo,
que la muger es la plaga
mas grande del universo.

ESCENA XI.

D. EUGENIO.

D. EUG. Gracias á Dios me veo libre
de D.^a Obdulia; ¡que calma
es preciso para oír!a!
¡que muger; y lo que habla!
¡Es una calamidad!
Allí me armó una retahila...
y dale con que sus niñas
están muy bien educadas,
y vuelta con que las viste
con el lujo y la elegancia
de la marquesa de tal,
y la condesa fulana,
y torna con qué: ¡Benigno,
no es verdad? Y el papanatas
del marido, abre la boca
y sus únicas palabras
son sí y nó, demostrando
en todo, ser un Juan lanas.
Y en tanto Luisito, muerto
de amores por Adelaida;
¡pobre muchacho! está visto,
el mejor día lo casan,
y dá un disgusto á su madre,

y se pierde: si lograra
yo hacerle entrar en vereda: . .
mas como? si á mis palabras
no dá crédito y se pone
hecho una furia? que maña
emplearia! . . meditemos:
ellas son unas lagartas,
y lo quieren atrapar
poresto. (indicando que por dinero) Los otros
y comen y se divierten (bailan
sin que les cueste una blanca,
disponiendo del bolsillo
de Luis. . . ¡Es una infamia!
y el necio no lo comprende! . . .
quizá fingiendo una carta. . .
probemos, pues por probar
(se pone á escribir)
nada se pierde. Dios haga
que no conozca la letra :
si esto sucede, se salva.
(cerrando la carta.)
Ya está; llamemos ahora:
al criado (Tira de la campanilla.)

ESCENA XII.

DICHO Y FRANCISCO,

que sale con un servicio de té que coloca encima
de la mesa.

FRANC. Usted llamaba?

D. EUG. Si; ven acá.

FRANC. (con recelo) Si querrá
darme ótru comu el de marras?

D. EUG. (dándole unas monedas) Para tí.

FRANC. ¡Comu! ¡diez duros!

D. EUG. (Dándole la carta) Toma; guárdate esa carponte de acecho en la puerta; (ta; cuando yo una seña te haga entras aqui, y á tu amo se la das.

FRANC. Está bien.

D. EUG. Marcha.

Ahl diras que la ha traído una persona que acaba de llegar segun te ha dicho de Castellon de la Plana.

FRANC. ¡Buenul y por este trabaju son los diez duros?

D. EUG. Si, anda, y si haces bien tu papel te se aumentará la paga.

ESCENA XIII.

D. EUGENIO, D. TIBURCIO Y SIMPLICIO
que salen por el foro seguidos de

D.^a OBDULIA, CAROLINA, ADELA, LUIS Y D. BENIGNO, despues D. SILVESTRE.

D.^a OBD. D. Tiburcio es imposible se lleve á cabo ese duelo.

CAR. (á Simplicio) No se bata usted por Dios.

SIMP. Carolina...

CAR. Se lo ruego.

D. TIB. No se canse usted señora, porque predica en desierto. Ese hombre nos ha faltado,

D. EUG. (á Luis) Luis, que significa esto?

LUIS Que? que se quieren batir con don Silvestre, por celos Simplicio, y despues el otro

por meterse à consejero.

Vamos à ver si evitamos
colocándonos por medio. . .

D. SIL. (Saliendo muy precipitado con tres ó cuatro sa-
bles é igual número de pistolas)

Estoy à la orden de ustedes.

D. TIB. (Retrocediendo) Hombre, póngase V. lejos
y no venga usted con armas
à donde está el bello sexo;
apártese usted de aquí,
que estas damas tienen nervios.

D. SIL. Yo me apartaré; mas cuando
venga usted y ese muñeco
al campo detras de mí
donde probarlos espero.

D. EUG. (à D. Silvestre) Escuche V. D. Silvestre:
no se hable mas de ese duelo;
lo ruegan estas señoras,
y usted como caballero
debe complacerlas.

D. TIB. (Bravo!)

D.^a OBD. (à D. Benigno) (Vale mucho D. Eugenio)

D. EUG. Ya sus rivales de usted
de esa empresa desistieron,
y usted se pondrá en ridiculo
si persiste en ella.

D. SIL. (Despues de reflexionar un rato) Bueno.
Pero antes es necesario
que esa niña diga presto
à quien de los dos prefiere.

CAR. Lo diré, si ese es su empeño.
Yo aprecio à usted D. Silvestre,
como à un amigo sincero,
y el cariño que me tiene
en el alma le agradezco,
pero no puedo ser suya. . .

- D. SIL. Eso es decir sin rodeos,
que prefiere á D. Simplicio.
- CAR. No señor, no lo prefiero.
- SIMP. Qué dice?
- D. TIB. Que hay tras la crisis
caída de ministerio.
- SIMP. Pues no admitió Vd. mi amor?
- CAR. Si, señor, mas.... me arrepiento
pues no queriendo á ninguno
iguales á los dos dejo.
- SIMP. Luego nuestras relaciones...
- CAR. Fueron solo un pasatiempo:
pero no se ofenda usted,
pues como amigo le aprecio.
- D.^a OBD. (á D. Eug) Ya vé usted como mi hija
es muchacha de talento,
como educada por mí:
es verdad Benigno?
- D. BEN. Cierto.
- SIMP. ¡Pues he quedado lucido!
- LUIS Ea, no se hable mas de eso.
Déñse ustedes tres las manos,
y si aun hay resentimientos,
que terminen en la fonda
mañana con un almuerzo.
- D. TIB. Hombre! tiene usté razon!
- SIMP. Lo mismo opino.
- D. SIL. Lo acepto.
- D. TIB. Yo quedaré en el encargo:
será de veinte cubiertos;
y cuidaré de sacar
el permiso del gobierno.
Ahora tomemos el té.

(Toma cada uno una taza menos D. Eugenio que se acerca á la puerta y hace una seña á Francisco. Simplicio toma la tetera y empieza á

servir. D. Tiburcio se apercibe de que D. Eugenio está algo retirado y le dice;
Acérquese, D. Eugenio.
(D. Eugenio se aproxima y toma otra taza.)

ESCENA XIV.

DICHOS Y FRANCISCO.

FRANC. Señor.
LUIS Qué ocurre, Francisco?
FRANC. Ahí ha traído esta carta,
unu que dice que viene
de Castellon de la Plana.
LUIS De Castellon? no conozco
la letra. Respuesta aguarda?
FRANC. Nu señor, pues se ha marchadu.
LUIS De quién será?
D. EUG. (Se la traga.)
FRANC. (A D. Eugenio por lo bajo)
Cumpl bien mi comision?
D. EUG. Perfectamente.
FRANC. Mas...
D. EUG. Calla.
LUIS Con el permiso de ustedes
(Lee para sí.)
D. SIM. (A Simplicio) Quiere servirme otra taza?
SIMP. Si señor, (Estos cesantes...)
LUIS (cayendo abatido en un sillón) ¡Cielos!
D. EUG. ¿Qué es eso?
D.º OBD. ¿Qué pasa?
LUIS Oh! que soy muy desgraciado.
(á D. Eugenio) Toma y lee.
SIMP. Noticia infansta
será cuando así se pone.
D.º OBD. Pero sepamos la causa.

D. EUG. (después de leer) La causa es señora mía
que al pobre Luis amenaza
la miseria.

D.^a OBD. ¿Cómo?

D. TIB. ¿Qué?

D. EUG. Le dicen en esta carta
que está su madre á la muerte
porque de perder acaba
sus bienes: el comerciante
en cuyo poder estaban,
ha quebrado.

D. TIB. ¿Qué es lo que oigo?

SIMP. ¡Válgame Dios!

D.^a OBD. ¡Qué desgracia!

D. TIB. Las quiebras están de moda!

ADELA ¡Pobre Luis!

D.^a OBD. Adelaida,

es preciso que concluyan
tus relaciones, ya nada
de él podemos esperar.

ADELA Y queria usted me casára. . .

D.^a OBD. Vaya un chasco si lo haces.

SIMP. (Se concluyeron las gangas!
buscaremos otro primo,
pues ya ninguna ventaja
me reporta su amistad.)

D. SIL. (Como hay Dios que me dá lástima!
pero si no tiene un cuarto. . .)

D. TIB. [Yo, ya no puedo en mi casa
mantenerlo por mas tiempo;
si lo hago, con que me paga?]

D.^a OBD. Ya estamos aqui de mas.
Niñas vámonos á casa.

SIMP. Yo las acompaño á ustedes.

D. SIL. Y yo.

D.^a OBD. (á Luis) Siento la desgracia

que le ha ocurrido, pero
no hay mas que tener cachaza.
Conformarse y buenas noches.

ADELA (idem) Ya comprenderá usted cuanta
es mi pena; mi mamá...
como á veces es tan rara...
se opone ahora á nuestro amor...

LUIS Entiendo:

ADELA Y como ella manda...
y á mi obedecer me toca...
no debe estrañarle...

D. EUG. Nada
en personas como ustedes
que están tan bien educadas.

CAR. (saludando) Luisito...

D. BENIG. (idem) Digo lo mismo
que mi esposa.

SIMP. (idem) Hasta mañana
Luis; sabes te acompaño
en tu pesar.

D. SIL. (idem) Y yo.

LUIS Gracias.

ESCENA XV.

D. EUGENIO, D. LUIS, D. TIBURCIO Y FRANCISCO.

D. TIB. Pues señor, todos se van!
mire usted cuán razonable
estuvo Adelita, así
que se enteró de este lance.
¡Si digo que la muger
es el sér mas variable!
Escuche usted, D. Eugenio,
usted que es fino y amable,
haga el favor de decir

á Luisito, que al instante
busque otra casa, porquè
mi pariente don Melquiades,
Canónigo á quien no puedo
hacer el menor desaire,
viene á Madrid, y es preciso
en esta sala alojarle.
Conque hará usted el favor...

D. EUG.

Con mucho gusto.

D. TIB.

Me place
el haberle conocido:
y desde aqui en adelante,
cuente con un servidor.
(á Luis) Vaya, amiguito, aliviarse.
Francisco, vente conmigo
á arreglar el equipaje
de tu amo.

FRANC.

Peru...

D. EUG.

Anda,
Haz lo que el señor te mande.

ESCENA ÚLTIMA.

D. EUGENIO Y LUIS.

LUIS ¡Todos me abandonan! ¡Oh!
mi aciaga estrella maldigo!

D. EUG. No; que te resta un amigo
que salvarte consiguió.

LUIS Qué dices?

D. EUG. Hace dos años,
con la esperanza por norte
entraste Luis en la córte
ageno á los desengaños.
En alas de los placeres
el tiempo fuiste pasando

en locuras, olvidando
de un buen hijo los deberes.
Ya se vé! jóven, soltero,
gozabas, te divertías,
si alguna vez escribías
era pidiendo dinero.
Sospechó tu madre, y dijo:
«el chico me está engañando.»
Y escribió aquí, preguntando:
¿en qué se ocupa mi hijo?
Llegaron al fin mensajes,
y supo que no estudiabas,
y que el tiempo malgastabas,
en la timba y en noviajes.
De tu estraño proceder
cuando noticia tuvimos,
francamente, Luis, temimos
te llegases á perder.
A evitarlo vine aquí,
pues te amo como un hermano:
tú, no haces buen cortesano,
la corte, no es para tí.
Allá en el pueblo, se aspira
una atmósfera mas sana:
allí te espera una anciana
que triste por ti suspira.
Tú eres rico: para nada
te hace falta una carrera.

LUIS ¡Qué soy rico! ¡rico era!
ya no lo soy.

D. EUG. ¡Qué bobada!

Ensancha tu corazón,
y no el pesar lo taladre:
la enfermedad de tu madre,
la quiebra, todo es ficción.

LUIS (con ansiedad) ¡Qué dices!

- D. EUG. De ese papel
que un desengaño ha causado,
y tanta pena te ha dado,
es autor, tu amigo fiel.
- LUIS ¡Cómol es verdad? Ay, la calma
recobra, corazón mio.
- D. EUG. Conoces tu desvario?
LUIS Y lo lamento en el alma.
Mas, para este caso extraño,
¿qué interés, di, te movía?
- D. EUG. Era, Luis, que quería
tocases el desengaño.
Madrid solo es una farsa,
todo mentira, oropel,
donde tu haces el papel
de miserable comparsa.
Aquí se estudia la ciencia
de aparentar; no te asombre:
rico te parece el hombre
que acaso esté en la indigencia.
En esta tierra bendita
se pasa una vida inquieta;
ves ricachos con chaqueta,
pordioseros con levita,
jugadores pendencieros
con la usura por divisá,
políticos en camisa,
y políticos en cueros,
gentes que vienen y van
y en murmurar se entretienen,
y gentes que van y vienen,
criticando á Pedro ó Juan.
No falta un chisgarabis
que te diga: yo te estimo,
y te haga servir de primo
en todas partes, Luis.

No falta . . . y esto no es nuevo:
una madre socialiña,
que trate en casar su niña
con el cándido marcebo;
y no es difícil se hallé
una casa como esta,
que en lo mejor de la fiesta
te coloquen en la calle.
Se vive con inquietud,
nadie te ofrece sosten,
y en medio de este belén
se pierde hasta la salud.
Aquí tocante al bolsillo
hay que andar con piés de plomo:
se encuentra sin saber cómo
tanto necio y tanto pillo . . .
Si ir al café te interesa
y sales tarde, es tu ruina:
pues al doblar una esquina,
un incivil te atraviesa.
Nada, chico: créeme á mi;
á mis ideas avente:
en la época presente
la corte no es para tí.
Yo de este belén emigro
sin que un ardite me importe;
porque él que vive en la corte
vive en continuo peligro.
Luis Veo que tienes razon,
y ya de enmendarme trato:
conozco que he sido ingrato,
partamos á Castellon.
Allí fué feliz mi padre,
y serlo su hijo espera,
con tu amistad verdadera,
y el cariño de su madre,

D. Eug. Bien, Luis: ya la quietud
das á tu madre: consuelo
prodigale con anhelo,
que esa es la mayor virtud.

FIN.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 7 de Junio de 1865.

El Censor de Teatros,
Narciso S. Serra.

POZZI N. 17256

